

el auxilio de Francia, por mas que no deba suponerse que semejante medida pone en peligro al ejército ó parte de él. Este hecho probará sin embargo que América es capaz de obrar por sí sola, sin mas apoyo que el de sus armas y aun cuando no la ayuden los aliados.» Dos dias despues, el general Sullivan trató de dulcificar en una segunda orden el contenido de la primera, declarando que no habia sido su intencion decir que la flota francesa se hubiera marchado con ningun fin particular, y que no era tampoco su ánimo hacer interpretaciones que perjudicasen á nadie. Cuando D'Estaing llegó á Boston, es decir, el dia 26, escribió al Congreso manifestando cuántos eran los apuros de la flota, tanto por falta de agua como de provisiones, que la carencia de estos dos artículos iba siendo cada vez mas grave; que le era preciso atender á la conservacion de la escuadra, y que no podía por lo tanto seguir ocupándose en buscar medios de adquirir víveres. Además de esto justificó su presencia en Boston por el mal estado de sus buques, porque tal habia sido el parecer de sus oficiales y porque ignoraba en fin dónde se hallaria la flota de Lord Howe y con qué fuerzas contaba esta. Tambien espresó su disgusto por la protesta que presentó Greene.

Acaso no era razonable censurar al conde por haberse marchado á Boston, puesto que todos sus oficiales habian insistido en que se adoptase aquella medida; pero debe tenerse en cuenta que si hubiera vuelto á Newport, es mas que probable que habria capitulado la guarnicion antes de que pudiera socorrerla el general Howe. No faltó quien dijera con este motivo: «que al marcharse la flota á Boston equivalia á una fuga vergonzosa, con la cual se acababa de perder la ocasion mas favorable que nunca se presentara de obtener una victoria;» y se produjeron infi-

nitias quejas contra los franceses. Las cartas que en aquellos dias se recibieron en Boston estaban llenas de inventivas cuyo objeto era indisponer á los habitantes con el conde D'Estaing y toda su oficialidad, y fueron necesarios los buenos oficios de la parte mas sensata de la poblacion para evitar cuestiones desagradables. Mas de doscientos voluntarios abandonaron el campamento en menos de veinte y cuatro horas, cuyo ejemplo fué imitado por varios individuos de la milicia, de tal modo que al cabo de tres dias el ejército de Sullivan disminuyó hasta el punto de no ser ya sus fuerzas mas numerosas que las del enemigo.

En aquel estado de cosas, Sullivan resolvió el 26 de agosto levantar el sitio y retirarse al norte de la isla, antes de abandonar por completo la expedicion. El dia 29 púsose en marcha con todo el ejército, y aunque perseguido de cerca por los ingleses y las tropas de Hesse, alcanzó su vanguardia sin experimentar pérdidas; pero como quiera que el enemigo recibiera refuerzos, trabóse una reñida batalla en los alrededores de Quaker Hill, en la cual hubo considerables pérdidas por ambas partes, si bien al fin consiguieron los americanos rechazar á los ingleses con admirable valor. Durante la noche del 30 las tropas de Sullivan alcanzaron la tierra firme atravesando los pasos de Bristol y Howland's Ferry.

Tal fué el resultado de una expedicion, emprendida no solo con grandes probabilidades de éxito, sino tambien con todos los elementos necesarios para obtener un brillante resultado. El general Sullivan se retiró con mucha oportunidad, pues al dia siguiente llegó Clinton con cuatro mil hombres y una escuadrilla para socorrer á Newport, y si los vientos le hubieran favorecido mas, ó si Sullivan no hubiese apresurado su retirada,

seguro es, que asaltada la isla por un enemigo de fuerzas muy superiores é interceptado el paso por los buques ingleses se habria visto el jefe americano en una situacion desesperada. El Congreso dió gracias á Sullivan por su prudencia y acierto.

Washington, que preveia cuán tristes consecuencias podrian resultar del descontento general, puso en juego toda su influencia para calmar los ánimos de unos y otros y no dejó de ayudarle en la tarea el valeroso Lafayette, que como siempre era muy querido por americanos y franceses. El marqués debia interesarse por su rey y por su patria, pero era tan amante de América y tan fiel amigo del comandante en jefe, que no vaciló un momento en secundar sus miras, proponiendo medidas conciliatorias con el mayor afecto.

Washington escribió tambien al general Heath, que mandaba en Boston, y á los generales Sullivan y Greene, jefes de Rhode-Island. En la carta dirigida al primero manifestábase sus temores diciéndole entre otras cosas: «que la marcha de la flota francesa de Rhode-Island, en momento tan crítico, no solo haria perder la confianza del pueblo en sus nuevos aliados, sino que produciria tambien resentimientos que pudieran perjudicar á la flota si llegaba esta á verse privada del auxilio que exigian los verdaderos intereses de América; y que por esta razon era muy conveniente combatir los malos efectos que causara aquella medida, justificándola favorablemente, á fin de que la flota francesa continuara prestando sus servicios lo mas pronto posible.» Washington añadia además lo que sigue: «La marcha de la flota de Rhode-Island no se ha anunciado aquí públicamente, pero cuando esto suceda, yo alegaré que esa medida se hizo necesaria á consecuencia de las averías sufridas por

los buques en la última tempestad, version que en mi concepto es la que debe propagarse. Como estas razones os llamarán la atencion, debo recomendaros que useis de toda vuestra influencia á fin de apaciguar los ánimos para que las personas que deben prestar auxilios á la flota no dejen de hacerlo. Deber nuestro es sobrellevar con paciencia las desgracias y contratiempos, evitando que las animosidades perjudiquen á nuestros intereses y al bien público.»

En la carta escrita al general Sullivan, espresábase Washington de este modo: «Las desavenencias ocurridas entre nuestro ejército y la flota me han inquietado mucho, pues todo el continente confia en nuestra mútua cordialidad y conviene conservar esta mientras sea compatible con nuestro honor y política. Las primeras impresiones son las que se conservan por mas tiempo, y por ellas juzgarán los franceses cuál es nuestro carácter nacional; pero prescindiendo de esto, al tratar con ellos, debemos tener presente que son un pueblo ya viejo en la guerra, muy rígidos en la etiqueta militar y siempre dispuestos á enardecerse por la menor cosa. Permitidme, pues, recomendaros muy particularmente que conserveis la armonía y buena inteligencia, tratando de dulcificar los resentimientos que abrigasen los oficiales; y no olvideis que es de la mayor importancia igualmente que los soldados y el pueblo no se enteren de este asunto, ó si lo saben ya, poner en juego cuantos medios sean posibles para evitar desagradables consecuencias.»

Washington dijo al general Greene lo que sigue: «No tengo ahora tiempo de hacerme cargo de los argumentos y razones que se alegaron contra el conde D'Estaing cuando abandonó á Newport para dirigirse á Boston; pero hiciera bien ó mal, ello es que

ese contratiempo ha defraudado nuestras esperanzas, dando acaso lugar como yo temo á que se susciten disensiones y empiece á reinar la desconfianza con nuestros aliados, lo cual solo puede evitarse adoptando las mas prudentes y eficaces medidas para acallar los resentimientos que pueden haberse producido ya. Mucho confío en vuestro carácter é influencia para que desaparezcan las animosidades entre los oficiales americanos y franceses que se hallan á nuestro servicio, y espero hagais todo lo posible para evitar se publique la protesta suscrita por los primeros. Reconociendo el Congreso cuán perjudicial seria que conociese el mundo nuestras deferencias, ha dictado un acuerdo sobre este punto, pero como conozco que comprendereis cuáles son mis intenciones, inútil me parece hablaros mas sobre este asunto: solo os ruego muy particularmente que eviteis toda clase de cuestiones entre nuestros oficiales y los franceses á fin de que no se interrumpa la buena armonía que debe reinar entre unos y otros.»

Washington aprovechó tambien la primera oportunidad para reanudar su correspondencia con el conde D'Estaing, á quien escribió una carta en la que sin hablarle de las desavenencias ocurridas, empleó el lenguaje mas á propósito para mitigar el resentimiento que pudiese tener el comandante francés (*). A los pocos dias de hallarse en correspondencia el conde y Washington, la irritacion del primero, que podia dar lugar á graves consecuencias, se convirtió en afecto, si bien la mala voluntad de alguna parte del pueblo fué causa de que ocurriesen algunos graves conflictos entre los marineros franceses y americanos.

(*) Véase la *Vida de Washington* por Irving, vol. III, página 463.

Al saber Sir Enrique Clinton que el general Sullivan se habia retirado de Rhode-Island, salió inmediatamente de Nueva-York y á fin de que no se frustrase del todo la expedicion que proyectaba, dispuso un ataque contra Nueva-Lóndres. Sin embargo, como el invierno no era la estacion mas favorable para la empresa, encargó el mando de las tropas que iban en los transportes al general Grey, dándole órdenes para que marchase contra Buzzard's Bay, y hecho esto Clinton volvió á Nueva-York. En cumplimiento de lo mandado Grey se hizo á la vela con direccion al rio Acushnet, donde desembarcó el dia 5 de setiembre, y despues de destruir mas de setenta barcos que encontró al paso, quemó una gran parte de los pueblos de Bedford y Fairhaven, situados uno al oeste y otro al oriente, apoderándose además de una gran cantidad de efectos militares, municiones y mercancías. El general Grey habia desembarcado á las seis de la tarde y tan rápidos fueron sus movimientos que antes de las doce del dia siguiente habiase llevado á cabo la obra de destruccion y se hallaban ya embarcadas todas las tropas. Hecho esto el jefe inglés marchó á la isla llamada Martha's Vineyard, y una vez allí quemó varios buques, destruyó una salina, y obligando á los habitantes á que rindiesen las armas, impúsoles la condicion de entregarle un considerable número de carneros y vacas que fueron un gran alivio para los ingleses que se hallaban en Nueva-York.

Entretanto el Congreso, que habia vuelto á Philadelphia, aprovechó aquella oportunidad para recibir el 6 de agosto, públicamente y con las debidas ceremonias, á Mr. Gerard, ministro plenipotenciario del rey de Francia, quien entregó sus credenciales, pronunciando luego un lisonjero discurso,

que fué contestado por Mr. Laurens en nombre del Congreso y de los Estados- Unidos. Esto justifica las palabras del elocuente historiador italiano cuando dijo: «que un monarca estendia su mano poderosa para proteger á una república contra los ataques de otro rey.» Vemos pues que la nacion francesa iba á prestar su apoyo á un pueblo inglés amenazado por su mismo soberano, y de este modo, las potencias europeas que hasta entonces no conocieran en América mas pueblos libres que los de los salvajes y de los bárbaros, considerando súbditos á los demás, comenzaron á reconocer la independencia y soberanía de una nacion civilizada, mostrándose dispuestas á celebrar tratados ó alianzas como con los demás países. Seguramente que desde el descubrimiento de la América por Colon no habian presenciado los hombres un suceso tan importante ni tan digno de llamar la atencion, tanto mas cuanto que era el fruto del amor á la libertad y del deseo de proclamar la independencia. ¡Tales fueron los resultados que produjeron, una ciega obstinacion, ó quizás un orgullo necesario por una parte, y el deseo de venganza por la otra!

Al llegar aquí parécenos oportuno consignar, que en 14 de setiembre fué nombrado el Dr. Franklin por el Congreso, ministro plenipotenciario en Francia.

A consecuencia del mal resultado que obtuvieron los comisionados reales en América, mostráronse dispuestos los oficiales y soldados ingleses á tratar á los americanos como á rebeldes incorregibles é indignos de ser sometidos á un consejo de guerra. Durante el curso del año ocurrieron varios ejemplos de esto, cuyas consecuencias, har to deplorables, solo sirvieron para agravar los horrores de la lucha. La dolorosa historia de Wyoming servirá para ilustrar una

de las sangrientas páginas de los anales americanos, y reproducimos aquí sus detalles con las mismas palabras con que se espresa el Dr. Thacher en su *Diario Militar*.

En un punto situado en el brazo oriental del rio Susquehannah existia en aquella época una floreciente colonia llamada Wyoming, compuesta de ocho pueblecillos con unas mil familias; y tal fué el celo con que abrazaron la causa de América, que reunieron voluntariamente unos mil soldados para el ejército continental. El clima y fertilidad del territorio eran los mas á propósito para el producto de granos, cañamo, frutos, etc., y los habitantes de aquella tierra de promision podrian haber podido disfrutar de la felicidad que resulta de la armonía y del mas puro afecto, si por desgracia no se hubieran dejado arrastrar por el turbulento espíritu de partido, dividiéndose en dos bandos que se denominaron Whigs y Tories. Al suceder esto suscitáronse ódios y animosidades sin cuento, que destruyeron los sagrados lazos de la familia y de la amistad, y muchos de los mas activos habitantes, obrando por malicia ó por venganza, abandonaron sus plantaciones, sus vecinos y sus amigos para aliarse con los salvajes, á quienes instigaron y prestaron auxilio en el bárbaro acto de matar á sus hermanos y amigos.

Al saber los habitantes que se tramaba un complot contra ellos y conociendo cuán peligrosa era su situacion, levantaron algunas trincheras y reductos para defenderse de sus enemigos, que se presentaron á la vista el 1.º de julio, en número de mil seiscientos hombres entre Tories, indios é ingleses. El jefe de aquella turba era el coronel Juan Butler, tory refugiado, á quien acompañaban otros no menos inhumanos y crueles que los mismos indios. A fin de engañar á los habitantes de la colonia, el

enemigo envió varios mensajeros para decir que no tenían intención de hacer á nadie daño, y el traidor Butler declaró por su parte que no causaría á ninguno la menor molestia. Sin embargo, los habitantes desconfiaron de semejantes palabras, y los que se encontraban en estado de empuñar las armas se pusieron inmediatamente á las órdenes del coronel Zebulon Butler, primo del jefe de los salvajes, quien dispuso que las mujeres y los niños se refugiasen en los fuertes. Poco despues aproximóse el enemigo, y bajo el pretexto de que deseaba celebrar una conferencia, propuso que el coronel Zebulon Butler se alejase á cierta distancia del fuerte para dicho objeto, á lo cual se avino aquel jefe, llevando consigo no obstante para mayor seguridad cuatrocientos hombres armados. Pero esto no impidió que el coronel fuese víctima de la perfidia, pues apenas se hubo alejado un poco del fuerte; rodeáronle los enemigos por todas partes, y aun cuando los colonos se defendieron con sin igual bravura, vióse precisado el jefe á huir con unos veinte hombres solamente. Entonces el enemigo embistió el fuerte, y despues de cañonearlo durante todo el día, los salvajes enviaron como parlamentario para intimar la rendición á uno de los suyos, el cual, triste es decirlo, llevaba consigo ciento noventa y seis pieles de cráneo arrancadas á los que acababan de morir. El coronel Dennison, encargado de la defensa del fuerte, se resistió hasta que vió caer á la mayor parte de sus hombres, y cuando provisto de una bandera, como parlamentario, fué á preguntar con qué condiciones podría entregarse la guarnición, el feroz coronel Butler no le contestó mas que estas dos palabras: *con el hacha*. Entonces Dennison resolvió rendirse á discreción esperando obtener alguna gracia, pero se equivocó grandemente, pues

Butler llevó á cabo su amenaza con sin igual rigor, y despues de escoger unos cuantos prisioneros, mandó encerrar á los demás, incluso mujeres y niños, en varias casas y barracas á las que pegó fuego inmediatamente. En otro fuerte que habia á poca distancia hallábanse setenta soldados del ejército continental, los cuales al rendirse sin condiciones fueron acuchillados bárbaramente, despues de haber incendiado las casas donde se hallaban encerradas las mujeres con sus hijos.

Terminada esta trágica escena, los infames autores de aquel espantoso crimen penetraron á sangre y fuego en la colonia sin perdonar mas que las casas de los Tories, llegando su crueldad hasta el punto de matar algun ganado y cortar la lengua de varios animales solo para satisfacer sus sanguinarios instintos. Aquellos caribes atormentaron á uno de sus prisioneros llamado el capitán Badlock, rodeándole con un círculo de fuego, en tanto que dos de sus compañeros, los capitanes Ranson y Durkee eran arrojados en una hoguera y atormentados hasta que exhalaban el último aliento. Un tal Partial Terry, hijo de un caballero respetable, que se habia unido con los indios, envió á decir varias veces á su padre que esperaba lavarse las manos con su sangre, y en efecto, aquel mónstruo mató con sus mismas manos al autor de sus días y le cortó la cabeza despues de asesinar á su madre, á sus hermanos y hermanas con el objeto de quitarles la piel del cráneo! Tomás Terry, digno compañero de aquel mónstruo de ferocidad, degolló tambien á su propia madre, á su cuñado, á sus hermanas y á sus hijos, sin querer detenerse hasta que hubo exterminado á toda la familia! Solo unas cuantas personas, la mayor parte mujeres y niños, pudieron escaparse de aquella espontosa ma-

tanza, dispersándose por los bosques, faltos de alimento y sin tener apenas con que cubrir sus miembros. Dificil seria encontrar un ejemplo de semejante iniquidad: los gritos de las viudas, de los niños y de los ancianos clamaban venganza al cielo, y el nombre del coronel Juan Butler quedó infamado para siempre por su villana y miserable traición, merced á la cual se apoderó del coronel Zebulon Butler, respetable oficial que debió ser sagrado para él cuando llevaba la bandera de parlamentario.

Habiendo sabido que Clinton proyectaba un ataque sobre Boston, Washington estableció su cuartel principal en Fredericksburg á treinta millas de West Point, en las cercanías de Connecticut, pero la vuelta de la flota británica y las tropas á Nueva-York demostró claramente que no era aquella la intención del enemigo. Entretanto Clinton, lejos de permanecer ocioso, envió á Nueva-Jersey varias partidas de exploradores, los cuales se ensañaron en los enemigos que hallaron al paso con la misma sangrienta ferocidad de que hemos hablado antes. El regimiento del coronel Baylor, que se hallaba á fines de setiembre ocupando una posición cerca de Tappan, á fin de vigilar al enemigo, fué atacado durante la noche por los ingleses, que hicieron una horrible matanza

acuchillando á casi todos los soldados. Un cuerpo de caballería que se hallaba á las órdenes de Pulaski en Egg Harbor, fué sorprendido igualmente hácia mediados de octubre, y se cometieron actos de crueldad que no solo escitaron el deseo de obtener una venganza, sino que eran impropios de hombres civilizados. Al hablar Mr. Sparks de la conducta y crueldad de los expedicionarios ingleses, hace las siguientes observaciones, que son dignas de fijar en ellas la atención. «La conducta que obser-

varon los ingleses en aquella época, no podía ser mas desafortunada, pues contando en el país con muchos amigos que tenían interés en conservar, quemaron y destruyeron ciudades y pueblos, saqueando á los habitantes sin distinción, con ayuda de los indios, dejando tras sí sangrientas huellas y sembrando por todas partes la desolación y la muerte. El ministerio aprobó todas aquellas atrocidades, lisonjeándose de que el pueblo se sometería al fin cansado de tantos sufrimientos, pero el resultado fué enteramente opuesto porque todos sabían cuáles eran sus derechos, y aun cuando abrigaran sentimientos humanitarios, era natural que se inflamasen sus pasiones y que los que en un principio se mostraban pacíficos pensaran luego en las represalias. Seguramente que el gabinete británico no hubiera podido elegir ningún medio mas eficaz para obligar al pueblo americano á persistir en una vigorosa oposición (*).»

Alarmado el Congreso con la conducta que venían observando los ingleses, dictó el 30 de octubre un acuerdo que terminaba con las palabras siguientes: «Nos, el Congreso de los Estados-Unidos de América, declaramos solemnemente que si nuestros enemigos persisten en observar tan bárbara conducta, tomaremos una venganza ejemplar que sirva de saludable escarmiento. Apelamos al Todopoderoso, que conoce la rectitud de nuestras intenciones, y ante su sagrada presencia juraremos, que aunque no impulsados por la cólera ó el deseo de venganza, estamos resueltos á llevar á cabo nuestra resolución.»

El almirante Byron, que habia sustituido á Lord Howe en el mando de la escuadra, llegó á Nueva-York á mediados de setiem-

(*) *Vida de Washington*, pág. 282.